

LA HIJA DE LA LUNA.

Cierro los ojos y me pregunto ¿Existen las casualidades en la vida? Mmm...¡No! Siento que no, que los momentos llegan cuando el universo se sincroniza, para que las cosas ocurran y nuestra realidad cambie. Para que nuestros objetivos se conviertan en sueños, con propósitos y metas, entonces, solo entonces todo fluye y para ello debo tener siempre mi mente abierta.

En estos momentos tumbada en la hierba bajo las infinitas estrellas, admiro la gloriosa luna, que imperiosa lanza destellos rompiendo la oscuridad. He vuelto por primera vez en muchos años a la tierra que me vio nacer, Kenia. Soy hija de un guerrero Masai, reconozco mi piel negra, mi sangre africana, su cultura, aunque no llegue nunca a comprenderlo, siempre me sentí diferente, no sé porqué, quizás por mi reflexión de antes, de la sincronización. Para mi todo cambió, cuando a mis quince años apareció en el poblado, la "Mzungu" o también llamada "la mujer blanca" que cura, la que se convertiría en mi gran amiga y salvadora, Helen.

Apareció una mañana en mi poblado, como un aire fresco inesperado, con su pelo rubio recogido en una larga coleta y unas ropas extrañas, que no eran como nuestros Kangas, a los que estábamos tan acostumbradas. Todos salimos para mirarla, nunca habíamos visto una mujer con esa piel tan blanca y radiante. Jamás pensé que alguien así encontraría nuestro poblado, en medio de la selva ¿Y para qué vendría? me pregunté. Todos salimos de nuestras Manyattas para curiosear y dar la bienvenida a la "Mzungu". Yo vivía con mi abuela, que para mí era como una madre. También mi abuela salió y tras saciar su curiosidad le ofreció como de costumbre un Chai (infusión). Helen era doctora de una ONG, que viajaba por África y su mayor preocupación era informar a las mujeres, para que rompieran con la tradición de la ablación. Me sorprendió lo bien que hablaba zamburu. Cuando mis grandes ojos de color miel se cruzaron con los azules suyos, hubo una conexión, lo sentí, al instante supe, que su vida estaría ligada a la mía.

Como era una niña muy inquieta le pregunté mil cosas y cuanto más sabía, más curiosidad y ganas de saber tenía, apenas la dejaba respirar, me dio con su dedo índice

sobre mi nariz y guiñándome un ojo me dijo -Tu quieres saber, tienes una mente abierta a la vida, ¡Llegarás muy lejos! Y acto seguido soltó una carcajada.

La seguí todos los días, la escuchaba con mis sentidos convertidos en esponjas, la admiraba, era mi referente. Un día, tras estar toda la tarde lavando en el río y jugando a chapotear en el agua, al volver al poblado vi a dos ancianos en dirección a mi manyatta. Mi abuela los recibió en la entrada ofreciéndoles un vaso de chai, a lo lejos divisé como uno de ellos me miraba, con ojos lascivos que me hicieron sonrojar. Cuando iba acercándome empezaron a discutir con mi abuela y mi nombre salió de la boca arrugada de uno de ellos, sentí un pellizco en el estómago y puse atención mientras me acercaba lentamente. Uno de ellos quería tomarme por esposa y le ofrecía cinco cabras a mi abuela por mí, no llegaban a un acuerdo y alzaban los brazos, aumentando el número de cabras a siete, no llegaron a un acuerdo y el anciano prometió volver otro día. ¡Me estaban comprando, no soy un pedazo de carne!, ¿Quiénes eran ellos para decidir sobre mi vida por mí?. Solté la ropa lavada y eché a correr, no paré hasta llegar a la orilla del río y allí mis lágrimas escaparon furiosas de mis ojos. Sentía rabia, mucha rabia, como si de alguna manera otros quisieran apagar mis sentidos y robarme la vida. Salió la luna imperiosa como siempre y mis pensamientos se pusieron de alguna manera a hablar con ella. -¿Madre luna, qué debo hacer? Estaba muy triste y más aún sabiendo que para casarme con ese viejo, también extirparían esa parte de mi feminidad, que esta viva y latente, me hace sentir horrorizada. Volví a mi manyatta.

A la mañana siguiente con mi rostro con expresión triste y alicaída de no dormir en toda la noche encontré a Helen. Me miró y al instante supo que algo me ocurría. Se acercó y con semblante animoso me propuso ir con ella a Maralal para comprar suministros y volver al anochecer. Mi abuela que estaba ordeñando una cabra a mi lado accedió con la cabeza y nos dirigimos al todo terreno. El camino fue duro, lleno de baches y piedras, pero jamás había montado en un coche y fue toda una aventura que me hizo al principio, olvidar lo que tanto amargaba mi ser. Ya en Maralal, todo era curiosidad para mí, una ciudad con tantas cosas que jamás había visto, gente, coches, tiendas, edificios...¡Ohh, hay mucha vida fuera del poblado y de la selva!
Helen me invitó a un refresco y también a comer, esta vez no era solo carne de cabra asada, habían hojas verdes y tomates y muchas más cosas que a mi paladar, le sabían

deliciosas. Sentí que había un mundo por explorar y que yo quería ser una aventurera en él.

A la vuelta volvió la tristeza y los amargos pensamientos, Helen se dio cuenta de que algo me enturbiaba y me preguntó el motivo, yo bajé la cabeza y empecé a cantarle lo que me pasaba, de golpe frenó el coche y dando un golpe al volante, se giró hacia mí y me abrazó cariñosamente diciendo. -No dejaré que eso te pase, lucharé por ti, tan solo eres una niña y tienes todo el derecho a vivir como tú elijas y llegar a ser una gran mujer. También maldijo una y otra vez las culturas donde humillan y desprecian a las mujeres, ¿Qué es un hombre, sino el fruto de una mujer?

Después que le dan la vida así se lo pagan, ¿Acaso se sienten mejores o más fuertes por convertir a las mujeres en sumisos pedazos de carne? ¡Ay Dios, cuando conseguirás que despierten! Volvió a abrazarme y esta vez con toda su dulzura me miró a los ojos y me dijo que no me dejaría, que toda su vida había luchado por la libertad e igualdad y ahora lucharía por mí con todas sus fuerzas.

La noche caía, mientras el todo terreno llegaba al poblado. Mi abuela aguardaba bajo el árbol apostado junto a nuestra manyatta, baje cabizbaja volviendo de nuevo a mi triste realidad.

Cuando mi abuela se fue a dormir, salí fuera necesitaba respirar, pensar y compartir esos pensamientos con la madre luna, ella que siempre parecía escuchar y comprender mis sentimientos, paso el tiempo y me quede dormida allí mismo.

Al amanecer Helen apareció de golpe, dándome un sobresalto, se acerco a mi abuela y comenzaron a dialogar, le pidió encarecidamente que no me diera al viejo masai, que me haría muy desgraciada y que si de verdad me amaba me dejara volar. Mi abuela no comprendía - el viejo masai ser adinerado y tener gran rebaño. Discutieron largo rato, mientras yo temblaba de la incertidumbre y en momentos de rabia por la forma de pensar de mi anciana abuela. Al final Helen casi con lágrimas en los ojos le prometió que me llevaría con ella, me daría estudios y haría de mí una gran mujer.

Consiguió convencerla, siento que un gran peso desaparece sobre mi y unas grandes alas nacen de mi espíritu, por fin.

Llego el día de nuestra partida, el todo terreno estaba cargado aunque no de mis cosas, tan solo tenía un par de kangas y unas sandalias de goma. Helen abrazo a mi abuela y una vez más le agradeció que dejara marchar, yo hice lo mismo y dándole un dulce beso en la mejilla, salte dentro del vehículo.

El coche se puso en marcha y con el también mi vida. Sentí que me llenaba no tan solo de aire sino de una desbordante alegría, ya sin las cadenas de una cultura absurdamente machista y esclavizante sin sentido. ¡Felicidad voy hacia ti! Y esboce una gran sonrisa.

Nos dirigimos a Mombasa, allí Helen me enseñó a leer y escribir, como siempre estaba muy atenta, aprendí con celeridad, quería que se sintiera tan orgullosa de mi como yo lo estaba de ella. Era un ser especial, ayudaba a todo aquel que la necesitaba sin interés alguno y sobre todo a las mujeres africanas, a decidir por ellas mismas y a respetar su cuerpo, muchas lo entendieron y otras no, pero ella luchaba por ello sin desfallecer.

Viajemos mucho y aprendí medicina, quería seguir los pasos de mi gran maestra, la hija de la luna Muzungu, fue cierto que luchó por mi y gracias a ella y a la sincronicidad del universo, que la puso en mi camino, he llegado a ser la que soy hoy, una mujer feliz, y siento que encontré mi camino ayudando a abrir la mente a mujeres de mi país para que aprendan a amarse a ellas mismas ya respetarse aboliendo la ablación.

Sigo admirando las noches estrelladas y deleitándome con la que siempre ha sido mi confidente.

Por cierto, no os he dicho mi nombre, es Naipiri "hija de la luna".